

# LA ESCRITURA DE LA HISTORIA Y EL OPTIMISMO HUMANISTA<sup>\*</sup>

*The Writing of History and Humanistic Optimism*

Rafael G. PEINADO SANTAELLA<sup>\*\*</sup>  
Universidad de Granada

**RESUMEN:** Desde el incautamente profetizado *final de la historia* en 1989, y aun desde dos décadas antes, la historiografía ha sufrido los embates de la ola de irracionalismo, del declive de las ideologías y del resurgimiento de los fundamentalismos religiosos que acompañan a la actual aceleración de la historia, a resultas de lo cual se ha cuestionado también la función social del historiador. Frente a esas incertidumbres, que no son nuevas, el autor propone, en la línea de otros historiadores del siglo pasado y del presente, alternativas basadas en una reforma audaz de la enseñanza de la historia en la Universidad y una mayor atención a la divulgación del saber histórico que en ella se produce, sin dejar de ser consciente de las rutinas institucionales y los comportamientos sociales que las obstaculizan. Con todo, y desde la convicción marxista de que las sociedades son capaces de cambiar, el autor coincide con quienes consideran que el conocimiento de la historia es un instrumento insustituible para comprender y pensar el mundo y para afrontar el futuro con el optimismo humanista que acompañó a otros historiadores y pensadores dentro y fuera del marxismo.

**PALABRAS CLAVE:** Historia. Historiografía. Enseñanza de la Historia. Divulgación historiográfica.

**ABSTRACT:** Ever since the *end of History* was carelessly prophesied in 1989 –and even a couple of decades before that– historiography has been under attack as a result of the wave of irrationalism, the decline of ideologies and the rise of religious fundamentalisms which underpin the current feeling of historical acceleration. The outcome of it all has been the

---

<sup>\*</sup> Fecha de recepción del artículo: 2008-01-06. Comunicación de evaluación al autor: 2008-02-13. Fecha de publicación: 2008-09-01.

<sup>\*\*</sup> Doctor en Historia. Profesor Titular de Universidad de Historia Medieval. Departamento de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Granada, Campus de Cartuja s/n, 18071 GRANADA (España). C.e.: rpeinado@ugr.es.

questioning of the social role played by historians. In the face of such (otherwise not quite new) uncertainties, and in line with similar proposals made by historians in the last and in the present centuries, the author of this paper suggests alternatives based on a radical reform of the way in which History is taught in universities and a greater emphasis on the dissemination of historical learning produced in such institutions: all of which while remaining aware of the significance of institutional routines and of social patterns of conduct which may stand in the way of changes. Even so, and sharing the Marxist belief in societies' potential for change, the author agrees with those who believe that historical knowledge is an indispensable instrument in order to understand and 'think' the world, as well as to face the future with such humanistic optimism as inspired in the past the work of other historians and thinkers, both Marxist and non-Marxist.

**KEYWORDS:** History. Historiography. The Teaching of History. Historiographic Dissemination.

Un pariente de Jules Michelet, diez años menor que él, poeta y después historiador de los encamisados y de los cátaros, Napoléon Peyrat, escribió en 1857:

“La historia es la epopeya de las edades civilizadas, como la epopeya es la historia de los tiempos bárbaros. La historia es la gran poesía de nuestro siglo, la verdadera musa de la Francia moderna. ¡Qué ficciones podrían jamás igualar la majestad de nuestros anales! Después de la Revolución y de las guerras del Imperio que trasformaron tan profundamente la vieja Europa, vimos aparecer, como para contarnos estos maravillosos acontecimientos, una escuela de historiadores jóvenes”<sup>1</sup>.

¿Repetiría alguien hoy, en tiempos de la “*polis* desamparada”, por utilizar la expresión de Jean-F. Chanet<sup>2</sup>, tan exultantes palabras? No, si aceptamos sin más la observación que, a propósito de la relación existente entre la incertidumbre de la historia y de la historiografía, propuso no hace mucho Mona Ozouf: “cuando no se tiene ninguna imagen clara del futuro, las propias lecciones del pasado se emborronan [y] no se sabe qué punto de apoyo buscar en la historia, ni para qué impulso”<sup>3</sup>; o si nos acomodamos a la también próxima afirmación de François

---

<sup>1</sup> Primeras líneas de la reseña de *Histoire de France au XVII<sup>e</sup> siècle*, *Bulletin de la Société de l'Histoire du Protestantisme Français*, 1857, p. 232, cit. por CABANEL, P., «Jules Michelet», en SALES, V. (coord.), *Los historiadores*, Granada, Editorial Universidad de Granada y Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2007, p. 15.

<sup>2</sup> CHANET, J.-F., «El desencanto de la gran nación», *Alcores*, 2006, vol. 1, p. 98.

<sup>3</sup> OZOUF, M., «Célébrer, savoir et fêter», *Le Débat*, 1989, vol. 57, recuperado en AGULHON, M. (ed.), *1789. La Commémoration*, París, Gallimard, 1999, p. 321.

Hartog, quien, en la estela de Reinhart Kosellek, ha señalado como uno de los efectos más claros de la “crisis del régimen moderno de historicidad” el que “la historia ha dejado de ser escrita desde el punto de vista del futuro o en su nombre”<sup>4</sup>.

Pero el descreimiento en la historia –es decir, en la “realidad de lo histórico” (Julio Aróstegui); o mejor, en “el proceso de cambio en la vida humana y en la sociedad” (Eric Hobsbawm)– viene de antiguo y no siempre ha cuestionado el valor de la historiografía, esto es, la “disciplina que estudia lo histórico” (Julio Aróstegui)<sup>5</sup>. Valga como primer ejemplo de ello, la voz optimista que, a pesar de todo, hizo oír Rafael Altamira cuando, en 1922, ingresó en la Real Academia de la Historia.

En el discurso que entonces pronunció bajo un título de suyo ya muy expresivo, el gran historiador alicantino (y ovetense si nos fijamos en el espacio donde desplegó sus amplias y germinales iniciativas de extensión universitaria) dijo que hablar de “reconstrucción del mundo” o “reconstrucción de Europa” podría parecer exagerado:

“Es posible que la realidad presente no autorice en rigor ni una ni otra frase, y estemos sencillamente en presencia de un nuevo momento, todo lo grave que queráis, pero no distinto ni fuera de la trayectoria normal, de la lucha secular por la civilización y el reinado de la justicia”.

De tal modo que, aunque allí mismo subrayó que “nadie podrá negar que existen hoy problemas gravísimos de orden político, económico y social que los hombres no aciertan a resolver”, confiado en su oficio y haciendo buena la condición de “apóstol de la cultura” con que lo adornó el duque de Alba en su respuesta, no se recató en proclamar sin tapujo que “voces de todas las procedencias conceden a la Historiografía un papel señaladísimo en la obra de esa reconstrucción”<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> HARTOG, F., *Le XIXe et l'histoire. Le cas de Fustel de Coulanges*, París, Seuil, 2001, p. 15.

<sup>5</sup> Las aclaraciones entrecomilladas proceden de ARÓSTEGUI, J., *La investigación histórica: Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 18 y ss., en las que trata de la anfibología del término historia y los diversos significados con que se maneja la palabra historiografía, y HOBBSBRAWM, E., *Guerra y paz en el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 19.

<sup>6</sup> ALTAMIRA, R., *Valor social del conocimiento histórico*, Madrid, 1922 (Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Rafael Altamira y Crevea el día 24 de diciembre de 1922; discurso de respuesta del duque de Alba), pp. 11 y 12. En su respuesta, el duque señaló también que el nuevo académico empezaba a “ser de los que

Pocos años después, en 1935, el medievalista holandés Johan Huizinga, tras constatar que “vivimos en un mundo enloquecido” en el que “todas las cosas que antes considerábamos más sólidas y sagradas empiezan a bambolearse”, se preguntaba si no había “estado la civilización durante todos esos veinte siglos, año por año, en crisis” y si “no es toda la historia humana algo sobre manera precario”, pero retenía, no obstante, el mensaje optimista de que “no se había perdido la esperanza”<sup>7</sup>. Por su parte, el recordado y añorado Georges Duby, en una de sus últimas obras, mezcla de autobiografía y testamento intelectual, nos confesó el descreimiento que él y los hombres de su generación, posterior a la de Altamira, sintieron hacia la historia:

“[...] los hombres de mi generación, marcados profundamente por lo que les habían contado de la Gran Guerra, asqueados por la nueva guerra, igual de absurda, cuyo estallido preveían, y que en efecto estalló y los aplastó, no estaban tan firmemente convencidos de que la historia tuviese sentido. La “crisis del progreso” se había abierto hacía mucho tiempo y nosotros habíamos ido tomando conciencia poco a poco”<sup>8</sup>.

¿Pero no fue acaso en ese clima de incertidumbre y de “autodestrucción en masa que Europa se infligió a sí misma” en el que, como ha recordado Carlos A. Aguirre Rojas<sup>9</sup>, Marc Bloch acometió su *Apologie pour l'histoire* a partir de un cuaderno de notas en el que había copiado la célebre sentencia de Michelet (“creo

---

empieza a desconfiar de todo”, y que, al encararse con los pedagogos, tuvo “el valor de decirles que si se llega a la conclusión de que son irreductibles en la humanidad ciertas tendencias, apetitos y pasiones, todos los sistemas sobran; en una palabra, que si no se logra hacer buenos a los hombres, poco se consigue con hacerlos ilustrados. Y algo [añadía con rotundidad] han debido confirmarle en esta opinión recientes experiencias al ver que ante la lucha por codiciada presa, el hombre civilizado no se distingue del salvaje sino en que utiliza los adelantos de la civilización para acelerar la destrucción y hacer más terribles los sufrimientos del contrario” (*ibidem*, pp. 46-47).

<sup>7</sup> HUIZINGA, J., *Entre las sombras del mañana. Diagnóstico de la enfermedad cultural de nuestro tiempo*, Barcelona, Península, 2007 (1935), pp. 15, 16, 25 y 27. Un año antes se había hecho las siguientes preguntas: “¿Cuál es el sitio que ocupa la Historia en la vida espiritual y social de nuestros días? ¿Cuál es la función que en ella desempeña? ¿Puede llamarse la Historia en el tiempo actual una ciencia floreciente? ¿Ocupa un puesto honroso en la vida universal? ¿Encuentra reconocimiento general, apélase a ella, deséase su apoyo?” (HUIZINGA, J., *Sobre el estado actual de la ciencia histórica. Cuatro conferencias*, Madrid, Revista de Occidente, pp. 105-106).

<sup>8</sup> DUBY, G., *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1992, pp. 87-88.

<sup>9</sup> AGUIRRE ROJAS, C. A., «Presentación a la edición en español», en BLOCH, M., *Apología para la historia o el oficio de historiador*, edición crítica preparada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 33 y 36.

en el futuro, porque yo mismo participo en él”) hasta dejarnos en ese inacabado libro “un acto completo de historia”, como ha remachado Jacques Le Goff?<sup>10</sup> ¿Y no fue también en aquellos mismos convulsos años cuando Lucien Febvre, recordando tal vez la dedicatoria que de dicha obra le hizo Marc Bloch (“hemos combatido, largamente, juntos por una historia más amplia y más humana”<sup>11</sup>) recopiló sus vibrantes textos bajo un título que pasa claramente de la apología al combate? Y las palabras preñadas de optimismo que cierran el prólogo a sus *Combates por la historia*<sup>12</sup>, ¿no fueron el esbozo de los argumentos que Fernand Braudel, al sustituirle el 27 de noviembre de 1949 en la cátedra de Historia de la Civilización Moderna del *Collège de France*, desarrolló para trazar las responsabilidades de la historia, de “una nueva historia”, en una época agitada en la que “todos los conceptos intelectuales se han transformado o quebrado”?<sup>13</sup>

Del “mundo enloquecido” de Huizinga hemos pasado ahora, en el diagnóstico de Eric Hobsbawm, al “caos mundial”, a “un mundo peligroso, inestable y explosivo”, en el que la historia “se ha acelerado a [un] ritmo vertiginoso [...] que amenaza el futuro de la raza humana y del medio natural” y que, por consiguiente, nos conduce a encarar el tercer milenio desde bases tan inciertas como no queridas<sup>14</sup>. Guy Bois ha calificado esa “aceleración del tiempo histórico” de “espectacular” y ha señalado que, entre otras consecuencias políticas y económicas, ha acarreado el triunfo del “pensamiento único” –es decir, de esa “especie de conformismo con vocación mundial”– que ha degradado la Universidad como nunca antes (“clientelismo” galopante y “ley de la mediocridad creciente”)<sup>15</sup>. Y esa incertidumbre, que no es nueva como acabamos de ver, sí que ha cuestionado, a diferencia de otra veces, el valor de la escritura de la historia y de los historiadores. El *final de la historia* tan incautamente profetizado por Francis Fukuyama ha abierto el camino a la crisis de la historiografía.

---

<sup>10</sup> LE GOFF, J., «Prefacio», en BLOCH, M., *Apología...*, p. 76.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 119.

<sup>12</sup> “Por encima de tantas tragedias y transformaciones, en el horizonte lucen amplias claridades. En la sangre y el dolor se engendra una humanidad nueva. Y por tanto, como siempre, una historia, una ciencia histórica a la medida de tiempos imprevisibles va a nacer” (FEBVRE, L., *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, pp. 10-11).

<sup>13</sup> BRAUDEL, F., «Las responsabilidades de la historia», traducido y recogido en BRAUDEL, F., *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 19-46, y más recientemente en su también libro recopilatorio *Las ambiciones de la historia*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 101-126.

<sup>14</sup> HOBBSAWM, E., *Guerra y paz...*, pp. 19, 32, 39 y 122.

<sup>15</sup> BOIS, G., *Una nueva servidumbre. Ensayo sobre la mundialización*, Granada, Editorial Universidad de Granada y Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2004, p. 15.

Sin embargo, y para ser precisos, las primeras manifestaciones de ese sentimiento son anteriores a 1989, año que en todo caso, como bien ha subrayado Ralf Dahrendorf, no marca el fin de la historia sino su recomienzo<sup>16</sup>. Krzysztof Pomian creyó ver en la década de los sesenta el nacimiento de la perspectiva ficcionalista de la historia, según la cual ésta no es sino una rama de la retórica<sup>17</sup>. Eric Hobsbawm percibió ya para los años setenta que “la nebulosidad intelectual empezó a posarse sobre el paisaje historiográfico”<sup>18</sup>, referencia cronológica que asimismo retiene Guy Bois, para quien “el cambio intelectual más importante del siglo pasado” ocurrió entonces como una secuela de los sucesos de mayo de 1968 y como reacción contra el marxismo y el estructuralismo, propiciando lo que historiadores de diferente signo ideológico han calificado de “cambio antirracionalista, liberal, libertario e individualista”<sup>19</sup>. Richard J. Evans, refiriéndose en concreto al mundo británico, situó también a finales de esa década el cambio de la atmósfera liberal que vivieron los sesenta –y cuya fibra sensible supo tocar Edward H. Carr– como consecuencia de la crisis del petróleo, el cese de la expansión de la Universidad, las esperanzas defraudadas de los intelectuales radicales y progresistas y la nueva hegemonía del conservadurismo<sup>20</sup>. En su aportación al libro prologado por Evans, David Cannadine ha fijado el umbral del revisionismo de la historia económica y social en 1980 coincidiendo con la llegada al poder de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Según Gérard Noiriel, que no ha dejado de recordar que la cuestión enunciada en el título mismo de su conocida obra es una

---

<sup>16</sup> DAHRENDORF, R., *El recomienzo de la historia. De la caída del muro a la guerra de Irak*, Buenos Aires, Katz, 2007, p. 13.

<sup>17</sup> POMIAN, K., «Histoire et fiction», *Le Débat*, 1989, vol. 54, pp. 114-137, y *Rivista di storia della storiografia moderna*, 1993, vol. 3, pp. 425-466, traducido ahora («Historia y ficción») en el libro recopilatorio, que recoge otros de sus trabajos, *Sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 18.

<sup>18</sup> HOBBSAWM, E., *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 9 (prefacio).

<sup>19</sup> BOIS, G., *Una nueva servidumbre...*, p. 51. El pesimismo que ahora manifiesta el medievalista francés es tanto más destacable si tenemos en cuenta la visión optimista con que, en 1978, contemplaba el final del siglo XX. En su contribución («Marxismo y nueva historia») al libro colectivo dirigido por Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel –y en cuya «Presentación» el primero de los tres co-directores proclamó también un idéntico optimismo al calificar la historia como “una ciencia en marcha, una ciencia en la infancia”–, afirmó que la confluencia del marxismo y la nueva historia, “dos corrientes poderosas [que] atraviesan la historiografía contemporánea, [...] será tal vez el gran acontecimiento historiográfico de este fin de siglo; y es ya un fenómeno fascinante, siquiera por la maraña de alianzas y conflictos que acarrea” (*La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988 [1978], pp. 11-16 (para la cita de Le Goff) y 432 (para la de Bois)).

<sup>20</sup> EVANS, R. J., «Prólogo», en CANNADINE, D. (ed.), *¿Qué es la historia ahora?*, Granada, Almed y Editorial Universidad de Granada, 2005, pp. 25 y 30-31.

constante que se repite desde hace dos siglos, no fue hasta finales de los ochenta cuando la “crisis de la historia” se convirtió en un tema privilegiado de las discusiones entre los historiadores, siendo entonces cuando el editorial del número 6 de *Annales E. S. C.* de 1988 advirtió de que había “llegado el tiempo de las incertidumbres”<sup>21</sup>. En fin, Georges Duby, que en 1980 había reconocido que “la disciplina histórica [seguía] estando en plena juventud” en Francia, once años más tarde cambió ese juicio para hablar de que la historia había renunciado a buscar la objetividad total y del “flujo de irracionalidad que invade nuestra cultura desde hace tiempo”<sup>22</sup>; para señalar en otro momento de este mismo libro que “el declive de la escuela histórica francesa” no era tan marcado como algunos se complacían en proclamar, pero que sí se advertían signos indiscutibles de “letargo” y que, en particular, el “debate de ideas” se había enfriado debido en parte al “derrumbamiento de las ideologías”<sup>23</sup>.

Cuando, en 1980, Krzysztof Pomian reflexionó sobre la crisis del futuro, llamó la atención no sólo sobre la incapacidad de las ideologías para “imaginar un futuro a la vez plausible y atractivo”, sino también sobre la taciturnidad de la ciencia, cuyo papel ha sufrido, según él, una notable inversión respecto al que desempeñaba a mediados del siglo XVII. Si entonces Occidente consideraba a la ciencia como una fuerza revolucionaria capaz de generar confianza y esperanza, hoy en día la misma ciencia “está en situación de volverse conservadora”, pues no hace sino avalar las “imágenes del tercer milenio”, esto es, el “Apocalipsis lento o cataclismo final”. Y para ilustrar ese cambio de papeles, Pomian recordaba cómo fue a mediados de aquella decisiva centuria cuando “por primera vez la ciencia ayudó a la religión a mitigar sus angustias”<sup>24</sup>. Esto no deja de ser, según me parece, una manera de hablar metafóricamente dado que la religión nunca se ha dejado ayudar por la ciencia. Pero, si así hubiese sido, la religión es una desagradecida. ¿Pues qué si no, sino desagradecido orgullo teocrático, es la crítica que –empecinada en olvidar la parábola evangélica que saca los colores a quienes ven la paja en el ojo ajeno y no la viga que llevan en el suyo propio– no, por premoderna e incluso cavernaria, deja de ser una especie de último manifiesto posmodernista. Me refiero a la encíclica –*Spe salvi (sobre la esperanza cristiana)*–

---

<sup>21</sup> NOIRIEL, G., *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra y Universitat de València, 1997, p. 38.

<sup>22</sup> DUBY, G., *La historia continúa*, p. 64, y *Diálogo sobre la Historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 204.

<sup>23</sup> DUBY, G., *La historia continúa*, p. 175.

<sup>24</sup> POMIAN, K., «La crise de l’avenir», *Le Débat*, 1980, vol. 7, pp. 5-17, traducido ahora («La crisis del futuro») en *Sobre la historia*, pp. 151-153.

con la que Benedicto XVI ha fulminado lo poco que la Iglesia católica conservaba del concilio Vaticano II. En ella, el otrora cardenal Ratzinger ataca el despertar de la ciencia moderna que propició el pensamiento de Francis Bacon: la sentencia del pensador inglés (*victoria cursus artis super naturam*) fue un paso desconcertante que trasladó la esperanza a la fe en el progreso y, por extensión, a la razón y a la libertad, que luego desarrollaron la primera Ilustración, la Revolución de 1789 y el marxismo, hasta tal punto que con este último el progreso procedía ya no sólo de la ciencia sino también de la política, “de una política pensada científicamente”. Ciencia, razón y política son para el encumbrado célibe alemán los dioses inciertos del mundo moderno. Dioses inciertos que yerran por no aceptar que “el hombre [sólo] es redimido por el amor”<sup>25</sup>; o acaso también, según su último descubrimiento, por la familia.

El fundamentalismo de esta carta papal –que, en todo caso, sirve para demostrar que la agobiante manifestación de ese tipo de *-ismo* no anda escondida “en desiertos remotos, ni en montañas muy lejanas” como se diría desde el más rancio de los neoconservadurismos<sup>26</sup>– hace buena la portada de la edición española (“Dios vuelve a la política”) del número 16 (agosto-septiembre de 2006) de la revista *Foreign Policy* y de la que Fernando Savater se ha servido en su último libro para ilustrar cómo “Dios –es decir, los dioses y sobre todo los creyentes– sigue (o siguen) ocupando la palestra, frente a la ilustración racionalista en todas sus formas y terrenos”<sup>27</sup>. ¿No es por añadidura un paradigma del cristianismo posmoderno que, como ha escrito Richard Rorty a propósito de Gianni Vattimo, “quiere disolver el problema de la coexistencia de la ciencia natural con el legado del cristianismo no identificando a Cristo ni con la verdad ni con el poder, sino sólo con el amor”<sup>28</sup>? En fin, desde una perspectiva más propiamente historiográfica que filosófica, Giovanni Lévi, al reflexionar en 1993 sobre la relación entre crisis política e historiográfica, advirtió ya de la ligazón existente entre los

---

<sup>25</sup> *Spe salvi*, Carta Encíclica del Sumo Pontífice Benedicto XVI a los Obispos, a los Presbíteros y Diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la esperanza cristiana, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 30 de noviembre de 2007, capítulos 16-21, disponible en [www.conferenciaepiscopal.es/documentos/benedictoXVI/enciclica/Spesalvi.html](http://www.conferenciaepiscopal.es/documentos/benedictoXVI/enciclica/Spesalvi.html). (enero de 2008).

<sup>26</sup> *Cortes Generales. Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*, Comisiones de Investigación, Año 2004, VIII Legislatura, núm. 21. Sesión núm. 34 de 29 de noviembre de 2004 (intervención de don José María Aznar López), disponible en [www.congreso.es](http://www.congreso.es). (enero de 2008).

<sup>27</sup> SAVATER, F., *La vida eterna*, Barcelona, Ariel, 2007, p. 12.

<sup>28</sup> RORTY, R., *El futuro de la religión*, Barcelona, Paidós, 2006, pp. 56-57, cit. por SAVATER, F., *La vida eterna*, p. 102, dentro del capítulo cuarto de este libro dedicado a «El cristianismo como mito de la posmodernidad» (pp. 99-109).



acontecimientos de 1989, el colapso del comunismo y el final del sistema bipolar, y el renacimiento de los fundamentalismos religiosos y nacionalistas<sup>29</sup>; y más recientemente ha señalado, en esa misma dirección, que “el pretendido fin de las ideologías no es otra cosa que la suspensión de la razón histórica, que abre la vía al irracionalismo, al neoliberalismo, al fundamentalismo religioso”<sup>30</sup>.

La crisis política, el declive de las ideologías, las incertidumbres de todo tipo han sembrado la duda en los propios historiadores. Hace ya tiempo que John H. Plumb lo advirtió<sup>31</sup>, y en nuestros días Francisco J. Caspistegui ha insistido sobre este punto en varios de sus trabajos hasta insinuar que “tal vez pudiera hablarse de un giro histórico (*historic turn*), paralelo al que ha supuesto el posmodernismo, del que en buena medida depende”<sup>32</sup>. Y ahí radica quizás el hecho nuevo de que, espoleados por la escasa consideración que la sociedad tiene de la historia como actividad profesional, los historiadores reflexionen más ahora sobre los principios y fundamentos teóricos de la historia y no sólo sobre su oficio al estilo de Marc Bloch<sup>33</sup>. Es una percepción avalada por la aparición de algunos libros recientes que sirven de hilo conductor a la reflexión del citado historiador navarro, pero no demasiado extendida. Pues, por ejemplo, si, en 1997, Eric Hobsbawm pudo escribir que “en la actualidad el interés se decanta hacia las cuestiones conceptuales y metodológicas de la historia”, no dudaba en añadir que era una actividad extraña a los historiadores profesionales: “teóricos de toda clase dan vueltas

---

<sup>29</sup> LÉVI, G., «Sobre a relación entre crise política e historiografia», ponencia leída en el *Simpósio internacional Balance de fin de seculo. A História ante o seculo XXI* (1993), cit. por PEIRÓ, I., «La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores», *Memoria y Civilización*, 2004, vol. 7, p. 50.

<sup>30</sup> LÉVI, G., «Le passé lointain. Sur l'usage politique de l'histoire», en HARTOG, F. y REVEL, J., *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de la EHESS, 2001, p. 37, cit por PEIRÓ, I., «La era de la memoria...», p. 250, n. 17.

<sup>31</sup> “Son cada vez menos los historiadores que creen que el contenido de su ciencia tenga una finalidad en la sociedad: una función de coordinación del esfuerzo del pensamiento humano” (PLUMB, J. H., «El dilema del historiador», en PLUMB, J. H. (ed.), *Crisis en las humanidades*, Barcelona, Planeta, 1973 (ed. original 1964).

<sup>32</sup> CASPISTEGUI, F. J., «Más allá de su oficio: el historiador en sociedad», *Alcores*, 2006, vol. 1, p. 65, y «Sobre el papel social del historiador o ¿para qué servimos?», *Memoria y civilización*, 2003, vol. 6, p. 192.

<sup>33</sup> CASPISTEGUI, F. J., «Sobre el papel social del historiador...», pp. 191-192. Para ilustrar la referida desconsideración de la historia me remito al comentario que luego haré de las encuestas, sobre *Percepción social de la ciencia y la tecnología en España. 2002*, de la Fundación Española de Ciencia y Tecnología (FECyT).

alrededor de los mansos rebaños de los historiadores que pacen en los ricos pastos de sus fuentes primarias o rumian las publicaciones de sus colegas”<sup>34</sup>.

En este sentido me parece particularmente muy reveladora la escasísima respuesta que tuvo la encuesta internacional que, sobre «El estado de la Historia», se realizó, mediante 467 preguntas, entre los años 1999-2001 en el marco de los proyectos de investigación «El Estado de la historia» y «El cambio de paradigmas historiográficos», ambos financiados por la Xunta de Galicia y dirigidos por Carlos Barros<sup>35</sup>. Apenas respondió algo más de un uno por ciento de los convocados, es decir, 605, cifra que para Carlos Barros supera con creces las exigencias técnicas contempladas por algunos científicos sociales, pero que no le aleja del realismo hasta concluir que:

“los que nos preocupamos por estas cosas somos una minoría ilustrada aunque potencialmente determinante. Por mucho que democratizamos el esfuerzo de (auto) reflexión e investigación sobre el método y la historiografía siempre habrá más colegas, jóvenes y menos jóvenes, que dejan por omisión la tarea de pensar la historia en otras manos, consciente o inconscientemente”<sup>36</sup>.

El análisis geográfico, profesional, de género y edad, de las respuestas cosechadas no deja de iluminar realidades dignas de ser destacadas: dos de cada tres (412) proceden de Europa, siendo los historiadores españoles los más participativos (255, o 40 por ciento del total); los profesores titulares de Universidad, con un 36 por ciento, colaboraron más que los catedráticos de Universidad (tres por ciento); los hombres (63 por ciento) casi duplicaron a las mujeres (34 por ciento); y los mayores de 50 años sólo alcanzaron el 10 por ciento. Sin que por mi parte quiera hacer universal esta apreciación –entre otras poderosas razones porque la haría recaer sobre mí mismo, cosa que está muy distante de lo que pienso–, este dato debe acompañarse con lo expresado por Gore Vidal, quien, frustrado con la falta de celo profesional, con el alineamiento con las tesis políticas más conser-

---

<sup>34</sup> HOBBSBAWM, E., *Sobre la historia*, p. 7 (prefacio).

<sup>35</sup> La encuesta está disponible en [www.h-debate.com](http://www.h-debate.com) (enero de 2008), donde también aparece una primera valoración de la misma del propio Carlos Barros, que asimismo ha publicado en letra impresa (BARROS GUIMERANS, C., «El estado de la historia. Encuesta internacional», *Vasconia. Cuadernos de Historia y Geografía*, 2005, vol. 34, pp. 9-21).

<sup>36</sup> Una encuesta similar, aunque con un cuestionario más simple, fue promovida en 1904 por Henri Berr entre los profesores universitarios e investigadores de historia en Francia, con un resultado “extremely disappointing” (SIEGEL, M., «Henri Berr’s Revue de Synthèse Historique», *History and Theory*, 1970, vol. 9, p. 329, y BERR, H., «Nos enquêtes: l’enseignement supérieur de l’histoire», *Revue de synthèse historique*, 1904, vol. 5).

vadoras y con la falta de apasionamiento de los historiadores profesionales de Estados Unidos, ha escrito:

“[...] vemos ahora furtivos signos de recuperación entre los historiadores académicos más jóvenes [...] Con suerte podríamos estar ahora a las puertas de una edad de oro para los historiadores que exima a los novelistas de volver a los temas verdaderamente apasionados”<sup>37</sup>.

El resumen conceptual que yo extraigo de dicha encuesta ofrece esta detallada instantánea:

— Más de la mitad de los encuestados presta interés a la encuesta y a sus resultados.

— La historia no es una invención de los historiadores, su sentido no es el progreso y la mueven más las ideas que la lucha de clases.

— Con una confianza ciega en la interdisciplinariedad (95 por ciento), la mayoría califica de positivo el balance de la historiografía del siglo XX (aunque una tercera parte no sabe o deja de responder), cree mucho o bastante en la necesidad de la renovación historiográfica, en el interés de la historia y la teoría de la ciencia para la historiografía y estima suficiente el debate que actualmente mantienen los historiadores.

— Las políticas neoliberales afectan a nuestra disciplina y al conjunto de las ciencias humanas; el nacionalismo inventa la historia; y los historiadores tienen pocas salidas laborales.

— La actitud del historiador ante el compromiso ético, social y político produce un alto porcentaje de indecisos (entre el 23 y el 30 por ciento según las matizaciones concretas), pero superan el 40 por ciento los que lo tienen “bastante” o “mucho” por la dimensión más importante de la historia, que ello afecta sobre todo a su condición de ciudadanos (50 por ciento), que hay que asumirlo con vigor (63 por ciento) y que hay que hacer una historia más humana (56 por ciento).

— Una quinta parte no tiene juicio formado respecto a la actual situación de la historiografía; dos de cada tres no creen que goce de buena

---

<sup>37</sup> VIDAL, G., *La edad de oro*, Barcelona, Mondadori, 2002 [2000], p. 477, cita que tomo de un libro excelente y de lectura recomendada porque todo él rezuma pasión por la historia y la historiografía (CORRAL, J. L., GARCÍA HERRERO, C. y NAVARRO, G., *Taller de historia. El oficio que amamos*, Barcelona, Edhasa, 2006, p. 68).

salud, pero, en un porcentaje que va desde el 52 al 70 por ciento, rechazan para diagnosticarla términos tales como “estancamiento”, “declive”, “crecimiento”, “crisis”, “cambio de paradigma” e “incertidumbre”; de tal modo que, en correspondencia con el 19 por ciento que no sabe o no contesta, los términos que concitan más de un 20 por ciento de respuestas afirmativas son “crisis”, “cambio de paradigma” e “incertidumbre”.

— Más del 50 por ciento no tiene respuesta para concretar cuál es la corriente más afectada por la crisis, aunque el neopositivismo parece estar más resguardado (25 por ciento de “bastante” o “mucho”) que *Annales* (31 por ciento), siendo el más señalado el marxismo (40 por ciento).

— El 55 por ciento se define como no partidario de ninguna tendencia, y los que optan por alguna de ellas se declaran próximos a *Annales* (47 por ciento) y al marxismo (42 por ciento), rechazando un 47 por ciento el neopositivismo (si bien con un 41 por ciento de indecisos). En sintonía con esta adscripción, los que, en la pregunta 26, otorgan una calificación entre 1 y 10 a ocho tendencias, aprueban entre 7 y 10 a *Annales* en un 68 por ciento y al materialismo histórico en un 47 por ciento.

— En fin, los historiadores mejor calificados (entre 7 y 10) son: Marc Bloch (66 por ciento; el 22 por ciento le otorgan la máxima puntuación; Lucien Febvre (61 por ciento; 17 por ciento con 10, y 18 por ciento con 8 o 9); Eric Hobsbawm (59 por ciento); Edward Palmer Thompson (56 por ciento); Jacques Le Goff (54 por ciento) y Pierre Vilar (50 por ciento); entre los españoles, Claudio Sánchez Albornoz (38 por ciento) supera a Manuel Tuñón de Lara (36 por ciento). Y hay que subrayar, en negativo, que la encuesta se olvide de preguntar por Georges Duby y Rafael Altamira y que no ofrezca los resultados obtenidos por Fernand Braudel.

Sin ser propiamente una encuesta, el reciente libro sobre *¿Qué es la historia ahora?*, cuya traducción al español revisé y actualicé, en cierto modo constituye también un observatorio para conocer la situación de nuestra disciplina, sobre todo en el mundo anglosajón<sup>38</sup>. El prefacio de su editor científico, David Cannadine, el

---

<sup>38</sup> Los capítulos en él reunidos fueron en su origen conferencias pronunciadas en un simposio de dos días, celebrado en el Instituto de Investigación Histórica de Londres el 14 y el 15 de noviembre del 2001, para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la publicación original del célebre libro de Edward H. CARR, *¿Qué es la historia?*, del que existe una nueva edición completa (Barcelona, Ariel, 2003).

prólogo de Richard J. Evans y el epílogo de Felipe Fernández-Armesto no abonan precisamente la tesis de la crisis de la historia, sino todo lo contrario.

Cannadine, tras confesar la intención de “componer un volumen que pudiese llegar a un amplio público para el que la historia sigue siendo justamente (como debe y tiene que ser) un elemento esencial en la ciudadanía culta, en la cultura pública y en la vida nacional”, proclama sin rodeos que todos los capítulos del libro “dejan claro de manera meridiana [que] la historia que se practica durante la primera década del siglo XXI atraviesa un periodo excepcionalmente vigoroso, vivo e innovador”, pues se ha popularizado tanto dentro como fuera de la academia hasta el punto de que, sin dejar de ser “un tema serio con un poderoso propósito público”, se le aclama ahora como a la “nueva jardinería” o el “nuevo *rock and roll*” y guarda “un potencial masivo para el entretenimiento y el ocio [que] todavía no ha sido explotado del todo”<sup>39</sup>. De Evans me interesa recordar sus observaciones, no exentas de ironía, sobre el posmodernismo, esa corriente que Guy Bois identifica con el “pensamiento mundializado” y de la que subraya su “hostilidad radical a la disciplina histórica”<sup>40</sup>:

“A comienzos de los años dos mil, los teóricos de la historia que, unos pocos años antes, habían estado ocupados proclamando la imposibilidad del conocimiento histórico y la muerte de la profesión histórica seguían haciendo lo mismo: organizar conferencias para ellos mismos, fundar una revista (*Rethinking History*) y abandonar su original celo de cruzados a favor de un cómodo separatismo institucional. La profesión histórica, después de todo, no se había derrumbado. La gente no había dejado de escribir historia. Los estudiantes y los lectores en general no habían dejado de creer que los historiadores les contaban algún tipo de verdad sobre el pasado. El sentimiento de crisis en la profesión histórica se estaba alejando y los debates que había generado habían muerto”.

Aunque añade, eso sí, que

“Los historiadores no habían salido de la batalla con el ultraescepticismo posmodernista sin experimentar ningún cambio. O mejor aún, las tendencias generales que habían conducido al debate sobre la posibilidad del conocimiento histórico en los años noventa habían tenido sus efectos en el modo en que los historiadores pensaban y trabajaban. En primer lugar, habían

---

<sup>39</sup> CANNADINE, D., «Prefacio», *ob. cit.*, pp. 10 y 16-17.

<sup>40</sup> BOIS, G., *Una nueva servidumbre...*, p. 52.

destruido efectivamente el determinismo económico que subyacía en tantos escritos históricos de los años setenta y ochenta”<sup>41</sup>.

Fernández-Armesto, por su parte, sin olvidar la ironía, no deja de reconocer a ese movimiento algunas incitaciones positivas:

“Por un momento, los historiadores temieron que los bibliotecarios del futuro consignarían la historia a los mismos estantes que la ficción. Esto no habría sido, en mi opinión, una mala cosa: mis libros habrían tenido también la compañía de la buena literatura. El posmodernismo, sin embargo, resultó ser un tigre de papel de espantosa asimetría. Los departamentos de historia de la Universidad británica tienen posmodernistas simbólicos, como una vez tuvieron mujeres y negros simbólicos. Pero incluso cuando la marea retrocedió, el posmodernismo dejó un rico residuo en la orilla, estimulando la ola histórica. Las historias “virtuales”, las historias de lo contrafactual, lo ambiguo, lo implícito, lo liminal, lo transgresor, lo autoreflexivo, lo semiótico, lo representativo, lo inconsciente y lo soñado han llegado a ser fascinantes e irresistibles o, al menos, interesantes y aceptables para casi todos”<sup>42</sup>.

Y aunque no recurre a la palabra “paradoja”, que Gérard Noriel utilizó para relativizar, con similares argumentos, la pretendida “crisis de la historia” –cuyos discursos, según el historiador francés, “provenían fundamentalmente de las disciplinas que competían con ella”<sup>43</sup>–, hace hincapié en el dinamismo de la disciplina:

“La historia, en resumen, se ha multiplicado; ciertamente, ha estallado. El trabajo de los historiadores profesionales nunca ha sido tan diverso. [...] Sobre todo, el número de historiadores profesionales ha estallado con la expansión de la educación superior. Los resultados han sido mixtos. Incluyen la maldición de la superespecialización [...] La cantidad de producción, como es natural, es ahora francamente inmanejable. Es poco probable que incluso un especialista bastante restringido sea consciente de –y mucho menos que pueda leer– todo lo que tenga relevancia. El consiguiente sentido de incertidumbre contribuye, sin duda, al desconcierto posmoderno y favorece el escepticismo desmesurado sobre nuestro dominio de los hechos del pasado. Inevitablemente, el crecimiento de la producción significa el crecimiento de la basura. Pero también significa la disponibilidad de buenos trabajos. Ya no sé

---

<sup>41</sup> EVANS, R. J., «Prólogo», *ob. cit.*, pp. 35-36.

<sup>42</sup> FERNÁNDEZ-ARMESTO, F., «Epílogo», en CANNADINE, D., *¿Qué es la historia ahora?*, p. 265.

<sup>43</sup> NOIRIEL, G., *Sobre la crisis de la historia*, pp. 15-18.

lo que es ser joven, pero es maravilloso estar vivo en un amanecer como el nuestro, cuando ser historiador es ser parte de una comunidad productiva de eruditos sin precedentes, y cuando hay disponibles trabajos históricos más interesantes e instructivos que nunca”<sup>44</sup>.

El barómetro británico, a juzgar por lo que acabamos de ver, pronostica para la historiografía un cielo despejado tras el paso de los nubarrones que trajeron menos tormentas de las esperadas. ¿Puede decirse lo mismo en el caso español? La persistencia de la pregunta que da título a este volumen de *Edad Media. Revista de Historia* parece sugerir por sí mismo una respuesta negativa. Lo mismo que, de modo absolutamente explícito, advierten los antes citados trabajos de Francisco J. Caspistegui, en los que prevalecen las preguntas sobre la utilidad social de nuestro trabajo e incluso sobre el sentido de que la sociedad siga “patrocinando desde las arcas públicas y privadas una actividad que tiene su origen y destino fundamentalmente en sí misma, que implica la búsqueda del conocimiento sobre el pasado por sí mismo, el arte por el arte en definitiva”<sup>45</sup>. Ignacio Peiró ha relacionado, en una de sus últimas y siempre brillantes aportaciones, este “escepticismo conturbado acerca del significado de la profesión” no sólo con “las incertidumbres derivadas del presente de la disciplina”, sino también con el “rechazo de los historiadores españoles contemporáneos respecto a su propia tradición”<sup>46</sup>.

De una tradición por dos veces olvidada. La primera “hora cero” fue un fenómeno más del “holocausto general” perpetrado por el Nuevo Estado nacido el 1 de abril de 1939 que, con paradigmática saña, propugnó Ángel González Palencia en su furor anti-institucionista en unos términos que conviene recordar para no olvidar qué planteamientos historiográficos triunfaron en España cuando en Francia, por citar el ejemplo más característico e influyente de la renovación, alumbraba la escuela de *Annales*:

“Desbaratado el tinglado institucionista al dominarse la Revolución para cuyo servicio se levantara pacientemente en el transcurso de varios lustros, habrá el Estado español de resolver acerca de las piezas sueltas de aquel tinglado, construidas en su totalidad con dinero de la Nación. La casa matriz, la escuela de niños que en la calle de Martínez Campos era el núcleo fundamental de la secta, habrá de sufrir la suerte de los bienes de todos

<sup>44</sup> FERNÁNDEZ-ARMESTO, F., «Epílogo», *ob. cit.*, p. 266.

<sup>45</sup> CASPISTEGUI, F. J., «Sobre el papel social del historiador...», p. 193.

<sup>46</sup> PEIRÓ, I., «‘Ausente’ no quiere decir inexistente: La responsabilidad en el pasado y en el presente de la historiografía española», *Alcores*, vol. 1, pp. 9-26 (Dossier sobre *Las(s) responsabilida(es) del Historiador*), p. 10.

aquellos que han servido al Frente Popular y a la Revolución marxista. Como en los días gloriosos imperiales, podría arrasarse la edificación, sembrar de sal el solar y poner un cartel que recordase a las generaciones futuras la traición de los dueños de aquella casa para con la Patria inmortal”<sup>47</sup>.

La segunda “hora cero” surgió con la Transición. Peiró la detecta en la “complicidad” de algunos profesionales con los miembros de la comunidad que le precedieron, en el “desarrollo de un territorio historiográfico alejado de la crítica” contagiado por “el virus del relativismo intelectual” y que desde no hace mucho –y no siempre mediante bufonadas extra-académicas<sup>48</sup>– está empeñado en “trivializar” o “negar la realidad del pasado de la guerra civil y el franquismo, mediante una valoración igualitaria de los acontecimientos y las manifiestas teorías del caos, el desorden y la conspiración republicana”, no siendo ajeno tampoco a “las inercias heredadas del modelo profesional franquista” otra realidad no menos evidente del actual panorama historiográfico español: “la creciente politización de la historia y [...] el apasionado sentimiento de patrimonialización particularista del pasado que ha invadido a la sociedad española contemporánea”<sup>49</sup>.

Particularismo de los nacionalismos periféricos y particularismo del nacionalismo esencialista español que ha reavivado la “difícil identidad de España” e imbricado la “historia y la política” con resultados a veces destacables, como ha advertido Walter L. Bernecker y Sören Brinkmamm<sup>50</sup>. Pero, por lo general, esa confrontación, reavivada por la misma derecha que ha alimentado la amnesia de

---

<sup>47</sup> PALENCIA, Á., «La herencia de la Institución Libre de Enseñanza», en el libro colectivo *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, 1940, p. 273, quien también arremetió en esta misma obra contra “El Centro de Estudios Históricos”: “En resumen, la obra del Centro resultó cara y sectaria, como todo lo que lleva el sello de la Institución Libre de Enseñanza, y sirvió para encaramar a las alturas a ciertos personajes que se aprovecharon del esfuerzo de estudiantes y personas modestas, a quienes explotaban con la sordidez del más avaro editor, y a quienes a veces calificaban despectivamente, en lugar de agradecerles que, con el dinero de la nación, les proporcionaran plumas para adornarse” (*ibidem*, p. 196). De este libro existe una edición digital disponible en <http://www.filosofia.org/aut/ile> (enero de 2008).

<sup>48</sup> Del estilo de la ultimísima “Franco no aniquiló a los rojos, los escarmentó”, sentenciada por un terrorista reinsertado en la nueva (?) derecha española y digital.

<sup>49</sup> PEIRÓ, I., «‘Ausente’ no quiere decir inexistente...», pp. 16-18. Véase también la bibliografía citada en las notas 22 y 23, a la que ahora hay que añadir la muy reciente obra de BALFOUR, S., y QUIROGA, A., *La España reinventada. Nación e identidad desde la Transición*, Barcelona, Península, 2007, en especial el capítulo cuarto.

<sup>50</sup> BERNECKER, W. L. y BRINKMAMM, S., «La difícil identidad de España. Historia y política en el cambio de milenio», *Ideas*, 2005, vol. 1, disponible en <http://www.ideas-heilbronn.org/artic.htm>. (enero de 2008).



nuestra historia más reciente, ha conducido más a la metafísica que a la historia y no ha procurado “síntesis lo suficientemente complejas como para recoger mínimamente la pluralidad de una historia a la vez común y diversa”<sup>51</sup>. Así lo ha señalado Pedro Ruiz Torres en un artículo que termina evocando las peculiaridades que la crisis de la historia presenta en España. A ese primer rasgo añade otros tres: la escasez de estudios sobre economías, sociedades, sistemas políticos o culturas fuera de España, ensimismamiento éste –indudablemente conectado con la “obsesión nacionalista”– que mucho antes el desaparecido José María Jover calificó de “complejo de insularidad”<sup>52</sup>; la falta de estudios metodológicos e historiográficos, salvo casos excepcionales y brillantes suficientemente conocidos, que también ha resaltado, como uno de los aspectos del panorama historiográfico español, Juan Sisinio Pérez Garzón calificándolo de “*viriatismo* metodológico, esto es, el individualismo en métodos y temas de análisis”<sup>53</sup>; la ausencia de debates públicos para recuperar la memoria histórica perdida, a diferencia de los ajustes de cuentas democráticos que en otros países de Europa se han llevado a cabo contra el fascismo y el comunismo, de tal modo que esa amnesia del pasado más reciente no ha impedido que en nuestro país, como en otros, la fiebre de las conmemoraciones haya “convertido el pasado en terreno de atracción para un jubileo constante”<sup>54</sup>, alcanzado cotas excesivas y a veces grotescas. Julio Valdeón ya desbrozó esa crítica cuando se refirió a “los festivales histórico-patrióticos, organizados por políticos, que buscan ante todo sacar una rentabilidad a sus actuaciones”<sup>55</sup>, y José Luis Corral, con mayor ironía, ha comentado que:

---

<sup>51</sup> RUIZ TORRES, P., «La renovación de la historiografía española: antecedentes, desarrollos y límites», en ROMEO, M. C. y SAZ, I. (eds.), *El siglo XX. Historiografía e historia*, Valencia, Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2002, p. 74; las peculiaridades de la crisis de la historia en España se tratan en las pp. 73-76.

<sup>52</sup> JOVER, J. M.<sup>a</sup>, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en *Once ensayos sobre la Historia*, Madrid, Fundación Juan March, 1976, recogido ahora en *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 308-309.

<sup>53</sup> PÉREZ GARZÓN, J. S., «El historiador en España: condicionantes y tribulaciones de un gremio», en PELLISTRANDI, B. (ed.), *La historiografía francesa del siglo del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, p. 414. Trabajo cuya lectura debe completarse con otro posterior e igualmente brillante y comprometido de este mismo historiador: «Los historiadores en la política española», en CARRERAS ARES, J. J. y FORCADELL ÁLVAREZ, C. (eds.), *Usos públicos de la Historia*, Madrid, Marcial Pons Historia y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 107-144.

<sup>54</sup> RUIZ TORRES, «La renovación...», p. 76.

<sup>55</sup> VALDEÓN BARUQUE, J., «La Historia en España. Historia Medieval», *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 1995, vol. 71, p. 27, volumen dedicado a *La Historia en el horizonte del año 2000*.

“[...] y así, idiotas coronados como Carlos IV, sinvergüenzas convulsos como Fernando VII o atolondradas soeces como Isabel II pueden pasar por obra y gracia del comisario de su correspondiente centenario a transformarse en grandes personalidades de Estado [...]”<sup>56</sup>.

Una de las últimas sandeces en este sentido –si se me permite el enfoque localista de esta observación, que aun así me parece paradigmática de lo que la historia significa para los políticos– es la conmemoración del milenario del Reino de Granada prevista por la Junta de Andalucía para 2013. En 1013, sin embargo, ni pudo fundarse –el califato aún no había desaparecido– ni se fundó reino alguno, sino que sólo se produjo el asentamiento en la cora de *Ilbira* de Zawi b. Zirí, cuya *nisba* tribal daría nombre más tarde, en torno a 1038, a la taifa zirí, de corta existencia, pues desapareció ante el empuje almorávide; de modo que el verdadero reino de Granada, como Estado de vasallo de Castilla, no nació como tal sino en 1238. Pero, ciertamente, jugar con esta última fecha e incluso con la de 1038 –año en el que realmente se concretó tan efímera entidad política– significaría aplazar en exceso el inicio de la superación del déficit de infraestructuras que de manera crónica padece la porción oriental de Andalucía. Por lo que acaso convendría redactar la apreciación antes citada de Julio Valdeón en términos tales como que la historia puede ser inventada por los políticos para posponer sus actuaciones.

El debate de los nacionalismos, por no salir del ámbito historiográfico, se ha manifestado sobre todo a propósito de la enseñanza de la historia en los niveles primario y secundario<sup>57</sup>. Un debate que acaso es nuevo por esta orientación, pero que ha existido desde que la historia se convirtió en un saber social en el siglo XIX, y al que los historiadores, los grandes historiadores, nunca han sido ajenos como bien puede ilustrar el caso de tres de estos últimos, Rafael Altamira, Marc Bloch y

---

<sup>56</sup> CORRAL LAFUENTE, J. L., «Historia y ficción sobre la Edad Media», *Aragón en la Edad Media*, 2004, vol. XVIII, p. 21.

<sup>57</sup> Recordaré sólo algunos trabajos recientes que lo han abordado, en los que se encontrará abundante bibliografía al respecto: el libro colectivo de PÉREZ GARZÓN, J. S.; MANZANO, E.; LÓPEZ FACAL, R. y RIVIÈRE, A., *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2002; varias de las aportaciones recogidas en CARRERAS ARES, J. J. y FORCADELL ÁLVAREZ, C. (eds.), *Usos públicos de la Historia*, FORCADELL, C.; PASAMAR, G.; PEIRÓ I.; SABIO, A. y VALLS, R., *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2004; y el artículo, entre otros muchos de su vasta producción sobre este tema, de VALLS MONTÉS, R., «La enseñanza de la historia: entre polémicas interesadas y problemas reales», en GÓMEZ HERNÁNDEZ, J. A. y NICOLÁS MARÍN, M.<sup>a</sup> E. (coords.), *Miradas a la historia: reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*, Murcia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 2004, pp. 141-154.

Julio Valdeón<sup>58</sup>. El primero, convencido de que “la sinceridad es lo más fácil de perder en la historia”, fijó “el verdadero fin de la enseñanza de la historia” en:

“la formación de la personalidad del alumno, el despertamiento de sus cualidades originales, representadas en la historia por el espíritu crítico, el absoluto respeto a la verdad y a lo real, la circunspección en el juicio y en la teoría, el apartamiento de toda anticipación no autorizada por la comprobación de los hechos [...]”<sup>59</sup>.

Marc Bloch, por su parte, dedicó al menos dos artículos a un tema que consideraba muy afín a los intereses de *Annales*, digno de no quedarse en una mera discusión profesional en círculos cerrados y en la que el profesor universitario pudiera interesarse por la enseñanza secundaria<sup>60</sup>, mientras que, en *La extraña derrota*, confesó sentirse “inclinado a ser particularmente severo con la enseñanza de la historia”, por el presentismo con que los liceos hacían sus programas, por la cómoda complacencia en la que los enseñantes tendían a instalarse en nidos confortables y a aislarse en pequeñas sociedades cerradas “en las que no se potencia el sentido de la corporación, que no alienta ni la generosidad de espíritu ni la conciencia de ciudadano”<sup>61</sup>. Y tampoco se olvidó de pedir la reconstitución de verdaderas Universidades divididas no “en rígidas facultades que se consideran a sí mismas patrias estancas, sino en agrupaciones versátiles de disciplinas; y, después, simultáneamente a esta gran reforma, la abolición de las escuelas especializadas”<sup>62</sup>.

El hecho de que sólo Altamira prestase una atención concreta y amplia a la Universidad ilustra una realidad no menos evidente del debate social sobre la enseñanza: la menor, por no decir ninguna, atención que se presta al ámbito universitario, algo que tal vez tenga mucho que ver con el aislamiento de una institución que la sociedad percibe como lejana. El historiador alicantino contempló además ese problema con una actualidad de ideas, dicho sea al paso, que es tanto más reseñable en la medida que sus lúcidas reflexiones han sido olvidadas en los posteriores y muy recientes descubrimientos de mediterráneos

<sup>58</sup> VALDEÓN BARUQUE, J., *En defensa de la historia*, Valladolid, Ámbito, 1988.

<sup>59</sup> ALTAMIRA, R., *La enseñanza de la historia*, Madrid, Akal, 1997 [1891 y 1894], pp. 88 y 89.

<sup>60</sup> «Acerca de los programas de historia en la enseñanza secundaria» (1921), y «En favor de la renovación de la enseñanza histórica» (1937, en colaboración con L. Febvre), ambos en BLOCH, M., *Historia e historiadores*, Madrid, Akal, 1999, pp. 297-299 y 300-320.

<sup>61</sup> BLOCH, M., *La extraña derrota*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 150-151.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 205.

pedagógicos propios del tiempo de reformas al que estamos abocados, si no inmersos, en el futuro más inmediato<sup>63</sup>. Y pienso en particular en la detallada mirada que dirigió, para escribir *La enseñanza de la historia*, a la forma en que ésta se impartía en las Universidades de Estados Unidos, Rusia y los países de Europa Occidental, siguiendo, por tanto, una metodología comparativa similar a la que ahora ha utilizado el amplio equipo que, en el mes de marzo de 2004 y coordinado por Jorge Antonio Catalá Sanz, redactó el *Informe para el diseño del título de grado de historia*<sup>64</sup>, a partir del informe elaborado por el grupo de Historia del *Tuning Project* sobre la enseñanza de la ciencia histórica en Europa<sup>65</sup>. Aunque no me resisto a añadir tampoco que la precocidad de Altamira no sólo radica en sus propuestas pedagógicas, sino también en algunas de sus reflexiones de mayor calado teórico a propósito, por ejemplo, del ensanchamiento de la noción de fuente histórica y la relación de la historia con otras ciencias (geografía, arqueología, numismática, derecho, etc.) a las que, según apostilló, no cabe mirar como ciencias auxiliares, “sino como ciencias de objetos históricos”; la necesidad de divulgar el conocimiento histórico; y el principio en que debe basarse la enseñanza de primer grado y que no es otro que el de transmitir la idea del cambio de las cosas y hacer palpable la diferencia de las épocas en civilización y carácter, como unos años más tarde, en 1921, volvería a recordar, con mayor éxito de audiencia, Marc Bloch: “La historia es esencialmente el conocimiento del cambio”, de tal modo que “la comprensión de las diferencias en el tiempo [...] también debe servir para ayudarnos a apreciar las diferencias en el espacio”<sup>66</sup>.

La reforma de la enseñanza de la historia en la Universidad debería ser un instrumento de primer orden para superar las incertidumbres que afectan a nuestra disciplina y a nuestro oficio. Pero el camino emprendido parece más orientado hacia la innovación pedagógica, necesaria sin duda y no exenta de ser contemplada desde modelos alternativos y nunca neutros como bien ha analizado Carlos Barros,

---

<sup>63</sup> Así lo ponen de manifiesto, en su «Presentación» al sugerente libro de Altamira, Raimundo Cuesta y Juan Maines (ALTAMIRA, R., *La enseñanza de la historia*, p. 9).

<sup>64</sup> Convertido, en 2005, en *Libro blanco del Título de Grado de Historia* por la ANECA; disponible en la [http://www.aneca.es/activin/docs/libroblanco\\_jun05\\_historia.pdf](http://www.aneca.es/activin/docs/libroblanco_jun05_historia.pdf). (enero de 2008)

<sup>65</sup> GONZÁLEZ, J. y WAGENAAR, R. (eds.), *Tuning Educational Structures in Europe. Final Report. Phase One*, Bilbao, Universidades de Deusto y Groningen, pp. 147-159; disponible en [http://www.relint.deusto.es/TUNINGProject/documentos/Tuning\\_phase1/Portada\\_listapart\\_mapa\\_indice%20page1a16.pdf](http://www.relint.deusto.es/TUNINGProject/documentos/Tuning_phase1/Portada_listapart_mapa_indice%20page1a16.pdf). (enero de 2008).

<sup>66</sup> BLOCH, M., «Acerca de los programas de historia...», pp. 298-299.

que no hacia los contenidos<sup>67</sup>. Este último olvido, a decir verdad, no es nuevo y acaso sea un reflejo más del conservadurismo y la rutina que, por concretar a la nuestra el diagnóstico que Georges Duby hizo de la francesa<sup>68</sup>, caracteriza a la Universidad española, en especial a la hora de abordar las reformas de los planes de estudio<sup>69</sup>, con los resultados negativos a que se llega de manera irremediable. Y en este punto se me permitirá reproducir la reflexión de Miguel Ángel Ladero, que suscribo en su totalidad porque es la misma idea que, de palabra y en diversos foros académicos, yo mantengo desde hace tiempo<sup>70</sup>:

“Pensemos, por un momento, en algunos planes de estudio universitarios actuales y sólo en lo tocante a la Historia, aunque mis observaciones podrían tal vez aplicarse a otros ámbitos. Está claro que en ellos se ha producido una pérdida de visión global y un deterioro de los criterios de jerarquización e interrelación de conocimientos. También lo está que la multiplicación de asignaturas-migajas, que consumen de ocho a quince semanas de docencia y exámenes, produce una falta real de tiempo para el estudio reflexivo y la asimilación y, al mismo tiempo, una tensión muy fuerte en los alumnos ante la multiplicidad de los frentes de aprendizaje, la inminencia constante de los exámenes y la exigencia de mantener una competitividad elevada en la formación de «curricula». Se diría que el plan de estudios se presenta como una especie de supermercado del saber que funciona en régimen de autoser-

---

<sup>67</sup> BARROS, C., «Propuestas para el nuevo paradigma educativo de la historia», disponible en [http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/articulos/nuevo\\_paradigma/npeducativo.htm](http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/articulos/nuevo_paradigma/npeducativo.htm). (enero de 2008). Versión escrita y ampliada de la ponencia presentada en el Seminari Internacional “Taula d’Història: El valor social i educativo de la història”, organizado por el Departament de Didàctica de les Ciències Socials, Universitat de Barcelona, 9 de julio de 2007. Véanse también las páginas que al tema de la renovación pedagógica y a la experiencia concreta de los talleres de historia y sus orígenes se dedican en el libro ya citado de CORRAL, J. L.; GARCÍA HERRERO, C.; y NAVARRO, G., *Taller de historia...*, pp. 39 y ss. y 147-157.

<sup>68</sup> DUBY, G., *La historia continúa*, p. 70.

<sup>69</sup> En sentido contrario, cabría recordar, siquiera sea como un ejemplo de que las cosas pueden ser y hacerse de otra manera, lo que ha recordado Richard J. Evans a propósito del impacto que en su día tuvieron las famosas conferencias de Edward H. Carr: “inauguraron un largo y cada vez más apasionado debate entre los historiadores de su propia universidad, Cambridge, que cinco años más tarde se concretó en los primeros pasos provisionales hacia una reforma del plan de estudios universitario de historia de acuerdo con estas líneas” (EVANS, R. J., «Prólogo», *ob. cit.*, p. 26).

<sup>70</sup> Hasta el punto de que, sin conocer todavía la experiencia relatada por Evans en la nota anterior, la última vez que tuve el honor de procurar la invitación de Georges Duby a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada fue después de que publicara *La historia continúa* y ¡con la ilusa pretensión de que pudiera iluminarnos ante la inminente y enésima reforma del plan de estudios!

vicio: toda apetencia superficial de curiosidad quedará satisfecha, pero cualquier afán de saber resultará frustrado casi inevitablemente porque se han cegado los canales maestros que conducían a él”<sup>71</sup>.

Y unas páginas antes recordaba que

“lo propio del profesor universitario [...] no es sólo el saber, la creación de ciencia, sino el arte de comunicarla con las técnicas precisas y, sobre todo, con una vocación para hacerlo que nos lleve a aceptar algo en lo que nada puede sustituir al imperativo moral: que enseñar es lo primero, aun a sabiendas de que no siempre es lo más importante para nosotros profesional o científicamente. Equilibrar los deberes de investigación, estudio y enseñanza es un ejercicio difícilísimo para el que no suele haber muchas ayudas exteriores y que mantiene al profesor universitario en estado de constante insatisfacción, pero así debe de ser porque las alternativas son o bien la acomodación excesiva o bien el desánimo destructor”<sup>72</sup>.

Las reflexiones de Juan Sisinio Pérez Garzón, cuando habla de las tribulaciones que afectan al historiador en España<sup>73</sup>, no sólo inciden en esta misma idea sino que incluso la refuerzan:

“[...] la docencia está infravalorada en una doble dimensión. Por una parte, por la ruptura existente entre la universidad y el resto del sistema educativo; y por otra parte, por la propia desvalorización en el seno de la universidad cuando a la enseñanza se la califica oficiosamente como “carga docente” [...] mientras que la investigación es lo que otorga prestigio y méritos”<sup>74</sup>.

---

<sup>71</sup> LADERO QUESADA, M. Á., «Preámbulo: algunas reflexiones breves sobre la Historia», en su reciente libro recopilatorio *Países y hombres de la Edad Media*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2007, pp. 17-18.

<sup>72</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>73</sup> Para decirlo en pocas palabras, pueden resumirse en las siguientes: hiperespecialización investigadora que se aísla en círculos desconectados, proclamación fuera de la interdisciplinariedad, incomunicación entre etapas históricas, “y es que, en definitiva, la actual estructura del poder universitario -remacha- fomenta la compartimentación del conocimiento porque está basada tanto en las lealtades y jerarquías institucionales como en las rivalidades personales y en las comodidades de nuestra condición de funcionarios” (PEREZ GARZÓN, J. S., «El historiador en España...», pp. 415-419.

<sup>74</sup> *Ibidem*, pp. 417-418. También Felipe Fernández-Armesto cifró en la incomunicación de la Universidad con el resto del sistema educativo uno de los *peros* de la situación actual de la Historia: “hemos olvidado cómo defender con éxito el lugar privilegiado de la historia en el

El ya mencionado *Libro blanco* elaborado por la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) para el *Título de Grado en Historia*, que incluye la valoración de sólo cuatro asociaciones profesionales<sup>75</sup>, ha de convertirse en un instrumento imprescindible en los futuros debates, previa difusión en la comunidad académica, que no parece, por cierto, muy extendida a estas alturas de principios de 2008. Pero sus propuestas deberían quedarse no sólo en meras proclamas teóricas, que son muy sensatas en su mayoría, sino plasmarse en hechos concretos a la hora de articular el plan de estudios, que no debe procurar otra cosa que la transmisión de un conocimiento ajustado a la realidad actual de cada área del saber.

En el mundo globalizado actual, la antigua recomendación de Marc Bloch, que antes he citado, sobre la necesidad de extender el aprendizaje de la historia más allá del estrecho ámbito de Europa es una necesidad acaso más apremiante que en 1921, cuando él escribió. Pues ya entonces percibió que “el mundo ha aumentado su tamaño, se ha hecho mucho más grande” y advirtió de que olvidar a otras sociedades suponía “arriesgarse [...] a saber muy poco acerca de la marcha del mundo”; de tal manera que –concluía con la lucidez propia de un clásico–, “sería conveniente [...] dedicar algunas lecciones a las civilizaciones de Extremo Oriente y a la civilización musulmana, consideradas a partir de ahora no ya como el teatro de operaciones de nuestra historia colonial o diplomática, sino en sí y por sí mismas”, y es que, para él, “la enseñanza de la historia se debe considerar, en cierta medida, como una preparación para la vida política”<sup>76</sup>. Lo que, bien visto, no es sino una formulación hecha con ropajes distintos del *pensar históricamente* de Pierre Vilar, que, entre otras cosas, significa, para decirlo con sus propias palabras, que “la historia debe enseñarnos, en primer lugar, a leer un periódico, es decir, a situar cosas detrás de las palabras”<sup>77</sup>; o, como acaba de recordar Rosa Congost,

“*Pensar históricamente* resume, pues, el pensamiento y las preocupaciones no solamente del historiador, sino también del enseñante y del ciuda-

---

*currículum vitae* escolar. Hemos olvidado cómo estar totalmente en contacto con los profesores de historia de la educación preuniversitaria y cómo alimentar su trabajo con la conciencia de los efectos refrescantes y estimulantes de la nueva investigación” (FERNÁNDEZ-ARMESTO, F., «Epílogo», *ob. cit.*, p. 267).

<sup>75</sup> La Sociedad Española de Estudios Medievales, la Asociación Profesional de Arqueólogos de Galicia, la Fundación Española de Historia Moderna y la Asociación de Historia Contemporánea.

<sup>76</sup> BLOCH, M., «Acerca de los programas de historia...», pp. 298 y 299.

<sup>77</sup> VILAR, P., *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 12.

dano Pierre Vilar. Los miembros de muchos gobiernos, también piensan, como Vilar, que la enseñanza de la historia es un tema importante. Si no lo pensarán no hablarían tan a menudo de la necesidad de reformarla y de incidir en ella. Ahora bien, el prototipo de profesor de historia imaginado por los ministros de educación se parece muchas veces al prototipo de historiador reivindicado por Aron y denunciado por Valéry y es muchas veces la imagen inversa del prototipo ideal de historiador de Marc Bloch y Pierre Vilar<sup>78</sup>.

Y no menos necesario me parece terminar con ese “desmigajamiento” al que hacía referencia Miguel Ángel Ladero. Yo he clamado también contra él y sigo clamando todos los días cuando observo que –y aquí el término es más que preciso– la *carga discente* de mis alumnos, de nuestros alumnos, se desparrama a lo largo de toda la jornada, atrapándolos en el aula y alejándolos de la hemeroteca y de la biblioteca, cuyo uso continuado y nocturno en época de exámenes no deja de parecerme una imagen desoladora, siquiera sea porque los folios de apuntes suplantán en las mesas de lectura a los libros. Además, esa fragmentación curricular, ¿no desdice en la práctica la creencia generalizada en la unidad de la historia tal como la formuló Lucien Febvre en 1941 a los alumnos de la Escuela Normal Superior de París<sup>79</sup>? Cuando programamos como asignaturas optativas –y hablo de lo que conozco más cercanamente– una “Historia Social y Económica de la Edad Media: Historia Urbana e Historia Rural”, una “Historia de la Cultura Medieval”, una “Historia de la Iglesia en la Edad Media” (cuya aberrante optatividad yo comparo a que en la carrera de Medicina tuviese esa misma consideración la asignatura de “Anatomía”), ¿qué contenidos quedan para esa todavía mal formulada “Historia Medieval Universal” (*sic*)? ¿No estamos buscando en esa absurda inflación la forma menos idónea para mantener créditos –palabreja de resonancias bancarias– y dedicación, sin pensar que ésta puede garantizarse con el desdoblamiento de grupos y la organización de seminarios que profundicen en

---

<sup>78</sup> CONGOST, R., «Una función social del historiador: pensar históricamente», en COHEN AMSELEM, A. y PEINADO SANTAELLA, R. G., *Historia, historiografía y ciencias sociales*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2007, p. 274. En este mismo sentido, José L. Corral traslada la pregunta que se hicieron al iniciar su Taller de Historia: “¿Interesa a los grupos políticos y económicos dominantes [...] que la inmensa mayoría de la humanidad acceda al conocimiento del pasado, que sepa discernir sobre las verdades y las mentiras, que aprenda a desprenderse de los tópicos culturales que le han sido falseados durante siglos, o que entienda los mecanismos de poder que rigen el presente a partir del estudio del pasado?” (CORRAL, J. L.; GARCÍA HERRERO, C.; y NAVARRO, G., *Taller de historia...*, p. 15).

<sup>79</sup> “[...] lo primero que debo decir es que, hablando con propiedad, no hay historia económica y social [...]. Hay la historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social” (FEBVRE, L., «Vivir la historia. Palabras de iniciación», en *Combates por la historia*, pp. 38-40).



los contenidos enunciados por esas asignaturas-migajas? ¿Seremos capaces de solucionar este problema en los futuros planes de estudio? Por lo pronto, la *Ficha técnica de propuesta de título universitario de grado de historia* contemplada por el real decreto 55/2005, de 21 de enero, distingue ya la “Historia de España y del Mundo Hispánico”, la “Historia de Europa” y la “Historia Universal”. Lo que no es poco para iniciar el camino. Un camino, por otra y decisiva parte, en el que no debemos olvidar esta advertencia de Manuel González Jiménez: “se debe huir del peligro de subordinar la ciencia y su enseñanza a la cambiante productividad inmediata del mercado laboral y a sus intereses”<sup>80</sup>, cuyas consecuencias en las Universidades británicas ha esbozado recientemente Peter Mandler<sup>81</sup>.

En este mismo trabajo, el historiador británico ha planteado cuestiones dignas de reflexión, por cuanto se salen de los tópicos que muchas veces se repiten por inercia, acerca de lo que deben ser y no ser las responsabilidades del historiador. Los historiadores deberían huir, según él, del presentismo que no aleja la mirada más allá de medio siglo<sup>82</sup>, buscar y defender no las similitudes del pasado reciente con el presente, pues ello conduciría a recetas simplistas propias de la creencia de que la historia se repite y de que recordar los crímenes del pasado nos rearma contra su repetición; y ser conscientes también de que su función no es ni la de “proveer a la sociedad de una brújula moral”, ni “ser su juez y su jurado”, ni “decirnos «quiénes somos»”, “ni siquiera ser un buen ciudadano del Estado y nación en que trabajan”, ni “proveer a las efímeras demandas del mercado”. Lo cual, sin embargo, “no es un argumento para que la historia permanezca en una torre de marfil, despegada de la sociedad, cultivando una neutralidad falsa”<sup>83</sup>.

---

<sup>80</sup> GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M., «Sociedad Española de Estudios Medievales. Informe técnico sobre la tabla de perfiles/competencias enviada por el grupo de trabajo financiado por la ANECA para la elaboración de un libro blanco sobre la reforma de la titulación de historia», en *Libro blanco del Título de Grado de Historia*, p. 127, disponible en la página web citada en la nota 65.

<sup>81</sup> MANDLER, P., «La responsabilidad del historiador», *Alcores*, 2006, vol. 1, p. 57.

<sup>82</sup> Marc Bloch consideraba un pecado “contra el espíritu histórico” la excesiva atención que los programas de enseñanza secundaria concedían a la historia contemporánea, que podría parecer así “como una especie de creación *ex nihilo* que en nada se vincula con todo lo que le ha precedido; es decir, como un fenómeno que no tiene explicación” y rompe “la noción de evolución histórica” (BLOCH, M., «Acerca de los programas de historia...», pp. 297-298. Carlos Martínez Shaw ha detectado también no hace mucho los “tres enemigos fundamentales” de la historiografía actual en el presentismo, el reduccionismo y el localismo, que acechan, viven acantonados y están infiltrados respectivamente en las instancias educativas oficiales, en los niveles inferiores de la enseñanza y en los niveles medios y superiores de la misma (MARTÍNEZ SHAW, C., «La historia total y sus enemigos en la enseñanza actual», en CARRETERO, M. y VOSS, J. F. (comps.), *Aprender y pensar la historia*, Buenos Aires, Amorrortu, 2004., pp. 25- 46).

<sup>83</sup> MANDLER, P., «La responsabilidad del historiador», *passim*.

He aquí enunciada, con las matizaciones oportunas, una vieja aspiración de los historiadores: la divulgación, como parte esencial de nuestro compromiso profesional, del saber histórico, que, como precisó Rafael Altamira, “no es algo superfluo que puede ser eliminado sin perjuicio alguno de la educación de los hombres”, tanto más cuanto que, añadía el historiador alicantino pensando en concreto en la leyenda negra de España,

“el saber vulgar de la Historia de un pueblo o de la Humanidad entera [...] ha sido utilizado constantemente por los intereses políticos y económicos que actúan como directores en cada pueblo, o buscan dentro de él la formación de una corriente que les ayude a vencer”<sup>84</sup>.

Empezando por ésta, el inventario de citas sobre el mismo propósito o su aplicación práctica sería casi interminable. Por eso recordaré sólo a los historiadores que mejor conozco y admiro. Entre los medievalistas, a Marc Bloch, cuando pidió perdón en plural por haber preferido “recluírnos en la tranquilidad timorata de nuestros talleres” y no haberse “atrevido, en la plaza pública, la voz que grita, al principio en el desierto”<sup>85</sup>; a Georges Duby, que fue consciente de que “para un buen historiador hay que tener los ojos abiertos ante la propia época”, pues “la historia neutra, la que se escribe encerrándose en las bibliotecas, siempre es apagada y dulzona”<sup>86</sup>; a Miguel Á. Ladero, para quien “es necesario encontrar el sentido y el valor profundo de nuestra profesión en el deber de proporcionar conciencia histórica a nuestros contemporáneos”<sup>87</sup>; sin olvidar a Julio Valdeón, que nunca ha dudado en saltar a la arena pública para defender la historia, convencido de que ésta es “un arma poderosa a favor de la lucha por la racionalidad, la tolerancia y la libertad” y “un vehículo adecuado para la forja de una concepción progresista del mundo”<sup>88</sup>. ¿Y cómo no recordar a Pierre Vidal Naquet, para quien su oficio de historiador tenía más de subversión que de conformismo y por eso nunca rechazó el espíritu militante, condenando eso sí el espíritu partidario a sabiendas de que no hay una sola sino varias verdades?<sup>89</sup>. O esta sincera reflexión de Josep Fontana:

---

<sup>84</sup> ALTAMIRA, R., *Valor social del conocimiento histórico*, pp. 12-16.

<sup>85</sup> BLOCH, M., *La extraña derrota*, pp. 163-164.

<sup>86</sup> DUBY, G., *Diálogo sobre la historia...*, p. 206.

<sup>87</sup> LADERO QUESADA, M. Á., “Preámbulo: algunas reflexiones breves sobre la historia”, p. 43.

<sup>88</sup> VALDEÓN BARUQUE, J., *En defensa de la historia*, p. 6.

<sup>89</sup> SCHMITT PANTEL, P., «Pierre Vidal-Naquet», en SALES, V. (coord.), *Los historiadores*, pp. 339-356.

“[...] una buena parte de mis colegas [...] han acabado por cerrar las ventanas de la Academia para aislarse del viento que sopla en la calle y han optado por sobrevivir en un reducto pleno de libros, escribiendo sobre todo para su propia tribu y convirtiendo en virtud el hecho de ignorar un mundo que, en justa compensación, los ignora cada vez más”<sup>90</sup>.

Reflexión, además de sincera, o quizás por eso mismo, que resume los obstáculos que se oponen a la divulgación de la historia que escribimos en las Universidades, esas instituciones que, a pesar de todo, “se han convertido en los lugares en los que es posible practicar con mayor facilidad una historia crítica [...] que puede sernos de utilidad en la sociedad contemporánea”<sup>91</sup>. La constatación del gran historiador británico hace acaso más dolorosa la situación a la que nos ha conducido la evaluación de la actividad investigadora desde que estamos embarcados –por una original derrota sindical de la que ya nadie se acuerda– en lo que, en un artículo periodístico, he denominado un “atracción de calidad”<sup>92</sup>. Pues, sin dejar de reconocer que la medición de la calidad es una exigencia que se deriva de la propia concepción del saber humano, que es jerárquico por naturaleza, o no tendrían sentido ni el aprendizaje ni la investigación, ¿acaso no nos conduce a ese encerramiento tribal el hecho de que uno de los criterios fijados por la comisión de “Historia y Expresión Artística”<sup>93</sup> fije la no toma en consideración “de los libros de texto, apuntes, *obras y diccionarios de divulgación* o artículos de opinión”? Toda una lindeza que rivaliza en cuanto tal con ese otro criterio de que “se considerarán especialmente relevantes aquellos [trabajos] que no estén publicados por la misma institución en la que trabaja el investigador, salvo que ésta satisfaga los criterios especificados en el Apéndice 1”, salvedad de la que

---

<sup>90</sup> FONTANA, J., «Actualidad de Pierre Vilar, actualidad del marxismo», en COHEN, A., CONGOST, R. y LUNA, P. F. (coords.), *Pierre Vilar: una historia total, una historia en construcción*, Granada, Editorial Universidad de Granada y Servei de Publicacions de la Universitat de València, 2006, p. 19.

<sup>91</sup> HOBBSAWM, E., «¿Qué puede decirnos la historia sobre la sociedad contemporánea?» (1997), en *Sobre la historia*, pp. 50-51.

<sup>92</sup> Gérard Noiriel recoge también la inquietud y el descontento de los historiadores franceses ante los sistemas de evaluación seguidos en el país vecino (NOIRIEL, G., *Sobre la crisis...*, pp. 30-31).

<sup>93</sup> Denominación que debería descalificar a su inventor para ejercer toda responsabilidad en este campo, con la penitencia añadida de que se leyera el reciente y muy interesante –por la solidez de su análisis y la racionalidad de sus propuestas– *Libro blanco de la investigación en humanidades*, elaborado por la FECyT, y disponible en <http://www.fecyt.es/fecyt/docs/tmp/-1054915226.pdf>. (enero de 2008).

parecen exentas las editoriales de “prestigio” citadas poco antes y que todo el mundo identifica con las editoriales privadas<sup>94</sup>.

Afortunadamente algo ha comenzado a cambiar. El mencionado *Libro blanco de la investigación en humanidades* recoge ideas muy plausibles. Así, la afirmación de que este ámbito investigador, con escaso peso relativo en la financiación pública, nula en la privada y escasamente representado en el CSIC, desempeña una función social importante; la sensibilidad de que la investigación –y también, en consecuencia, su sistema de evaluación– en este campo ofrece peculiaridades y diferencias importantes respecto a otras áreas de investigación científico-tecnológica, así como de las difusas fronteras epistemológicas entre las humanidades y las ciencias sociales, hecho que resulta particularmente manifiesto en la historia; la convicción de que las humanidades proporcionan “otro” tipo de conocimiento que también contribuye a la calidad de vida de la ciudadanía, porque son depositarias del legado social en sus diversas formas y porque contribuyen a establecer el canon social de comportamiento; o, por último, esta enjundiosa apreciación de la divulgación:

“Los investigadores en Humanidades han de efectuar un esfuerzo y asumir como parte de su tarea la comunicación de los resultados de sus investigaciones, y no sólo a sus colegas académicos a través de revistas y otras publicaciones especializadas, sino a la sociedad en su conjunto y a colectivos sociales específicos particularmente interesados en esos temas, incluidos los ámbitos locales. La proyección social de la investigación en Humanidades es necesaria, aunque no todos los investigadores tienen que ocuparse de dicha tarea. Algunos consideran que la divulgación carece de rigor, sobre todo si se hace en medios de comunicación. Otros renuncian a hacerla porque asumirla implica una inversión importante de tiempo y energías, o porque académicamente no está reconocida. Pese a ello, es un complemento indispensable de la actividad investigadora en Humanidades.

---

<sup>94</sup> Es un ataque en toda regla a la edición universitaria que produce hilaridad si nos paramos a pensar en que si esos criterios fuesen exportados al Reino Unido y a los Estados Unidos los profesores de Cambridge y Harvard rehusarían publicar en Cambridge University Press y Harvard University Press para no ser tildados de beneficiarios de prácticas endogámicas. Como también en mi opinión es una injusticia despreciar la edición universitaria acusándola de que se nutre en gran parte de las tesis doctorales, cuando éstas marcan el umbral de la capacidad investigadora y han sido juzgadas por un tribunal, hecho que, por sí solo, es ya un filtro de calidad. A no ser, claro está, que no se crea en ellas como de hecho se patentizó en la mayoritaria denegación del primer tramo de investigación, en el que la gran aportación era precisamente la tesis doctoral.

La divulgación del conocimiento ha de realizarse desde el rigor de la investigación previa. La capacidad o potencialidad manipulativa de algunos de estos argumentos (fundamentalmente todos aquellos que tienen que ver con la identidad y la memoria, con la construcción de la identidad y la legitimación de procesos identitarios) así lo exige. Buscar lenguajes y vías de comunicación que hagan accesibles los resultados de la investigación al público en general es un reto importante, al que muchos especialistas en Humanidades suelen responder adecuadamente.

Divulgación no es sinónimo de trivialización. La presencia de la investigación en Humanidades en la sociedad pasa no sólo por la presentación de resultados sino por mostrar el valor mismo del proceso de investigación y su función social”<sup>95</sup>.

En estos tres párrafos resuenan casi todas las ideas expuestas y argumentadas por Manuel Barrios Aguilera en un penetrante artículo publicado precisamente en una revista de divulgación cultural, que edita la Universidad de Granada y que, desde su fundación en 1999, siempre ha acogido en sus páginas interesantes trabajos –e incluso dossiers temáticos– de historia. Pero en él evoca también las razones que hacen renuente al historiador profesional a la divulgación,

“pues, no siendo fácil trazar una frontera nítida entre la buena y la mala en el marasmo publicístico que nos asola, se corre el riesgo de ser confundido con lo peor de cada casa. Es decir, con esa fauna que forman al unísono periodistas sin vocación y sin norte y, lo que es peor, animadores culturales, autoproclamados redentores de pequeñas patrias, que bajo el disfraz de su apasionado amor a lo “nuestro” apenas ocultan su sed de notoriedad y dominación. Unos y otros tienen algo en común, la falta de preparación historiográfica y técnica y la sobra de atrevimiento, en el fondo coartada que les permite saquear, sin reparo ni respeto, el esfuerzo de cualquier historiador antiguo o moderno en la fabricación de engendros “misceláneos” casposos y sedicentemente emocionales, revoltijos indiscriminados de temas y datos sin orden ni jerarquía. Quizás es que nadie les ha explicado que toda obra histórica, por modesta que sea, debe implicar un discurso, que es mucho más que precocinar noticias, en realidad curiosidades y anécdotas, tomadas de aquí o de allí, para lectores incondicionales y subinteligentes. Desde esta perspectiva, quizás no extraña tanto que muchos historiadores académicos –y

---

<sup>95</sup> *Libro blanco de la investigación en humanidades*, p. 47 y *supra*, *passim*, para las restantes apreciaciones recién comentadas.

ahora hablo de los buenos– se sientan incómodos ante la posibilidad de semejantes compañías y que hagan cuanto puedan por marcar las diferencias replegándose a su trabajo de investigación pura y dura, pues también a esos subproductos, en una peligrosa perversión del lenguaje, se les suele llamar historia”<sup>96</sup>.

Felipe Fernández-Armesto ha comentado de manera no muy distinta a la del historiador granadino la relación del historiador con los medios de comunicación – de la que yo particularmente no guardo tampoco muy buenos recuerdos<sup>97</sup> – a propósito de su experiencia en la serie televisiva *Millennium*, basada en unos de sus libros:

“Sobre la base de experiencias como éstas, no creo que en la actualidad tengamos la relación adecuada con el enormemente poderoso e influyente medio de la televisión. Esto es sintomático de una crisis más general, que separa a la profesión histórica del público. Sin embargo, ¿por qué debo quejarme? Si, como insistí arriba, la historia es algo que todo el mundo puede hacer, entonces los directores de televisión pueden hacerla y sus audiencias pueden hacerla; los que bautizan a los muertos y los guardianes del patrimonio nombrados por sí mismos pueden hacerla. Los historiadores son innecesarios. Mi respuesta a eso es que, aunque cualquiera pueda hacerla, las personas privilegiadas por su profesión para hacerla a todas horas y que se les paga por ello –las personas con acceso privilegiado a las fuentes– tienen una cierta obligación de asesoramiento, incluso de liderazgo. En la actualidad, creo que, al menos, nos enfrentamos a una oportunidad perdida y quizás, en el peor de los casos, a una responsabilidad fallida”<sup>98</sup>.

Menos pesimismo se adivina en la propuesta de Juan Sisinio Pérez Garzón. Según piensa, el oficio de historiador, contemplado desde la perspectiva universitaria, puede revitalizarse reforzando en primer lugar la relación con nuestros colegas de enseñanza primaria y secundaria, pero tratando también, de manera

---

<sup>96</sup> BARRIOS AGUILERA, M., «Sobre la novela histórica y la historia novelada», *El fingidor. Revista de cultura*, 2007 (enero-junio), vol. 31-32, pp. 36-37.

<sup>97</sup> El último de ellos es el de haber desaparecido en el montaje final del reportaje que la televisión autonómica de Andalucía hizo con motivo del quinto centenario de la muerte de Isabel la Católica, quizás por mi empecinamiento en hablar de procesos históricos (en particular, el que se inició en el reino de Granada a partir de 1492) y no del carácter de la reina, que parecía despertar mayor interés en la periodista que me entrevistaba, la cual tampoco creía que la cuestión granadina concordara con la visión general que perseguía.

<sup>98</sup> FERNÁNDEZ-ARMESTO, F., «Epílogo», *ob. cit.*, pp. 284-285. Del libro referido existe traducción española: *Millennium*, Barcelona, Planeta, 1995.

simultánea, de encontrar “fórmulas de conexión con los profesionales de los medios de comunicación de masas, auténticos intermediarios de las demandas sociales y decisivos divulgadores de historia frente a lo que se enseña en el sistema educativo”. Pero no tanto, matiza, con la intención de suplantarlos, “sino para transmitir lo que acaparamos en estrechos circuitos de especialización”, lo que en el fondo significa reconocer que en la actualidad los conocimientos sociales se transmiten más mediante puntos de información y formación que se encuentran fuera de las aulas<sup>99</sup>.

El problema que acabo de abordar conduce a otro que no le es ajeno: el de los historiadores no profesionales, que es tanto como decir no pertenecientes a las plantillas universitarias, porque algunos ciertamente pueden haberse formado en la Universidad. ¿Qué actitud debe adoptar el historiador profesional hacia ellos? ¿La risa y el desprecio con que, como ha recordado Denis Crouzet, los trató Lucien Febvre, que los consideraba historiadores novelescos, “espíritus brillantes y rápidos” que surgen para pretender entender de una tacada lo que a otros les exige toda una vida y consiguen fascinar con demagogia y demasiada facilidad a la muchedumbre ingenua con sus grandes teorías o con la artificialidad de sus relatos?<sup>100</sup> ¿La condescendencia que hacia ellos ha mostrado Krzysztof Pomian, para quien lo contrario sería un acto vano y arbitrario, dado que, “en nuestras sociedades democráticas, la definición del contenido y de las fronteras de la historia no es tarea exclusiva de los historiadores profesionales”?<sup>101</sup> ¿O la actitud vigilante que acaba de aconsejar Jean-F. Chanut “contra las formas militantes de apropiación particularista del pasado” y la falsificación que “amenaza sobre todo a la historia contemporánea” –ámbito en el que, sin entrar en ningún tipo de valoración, Krzysztof Pomian ve también el terreno preferido de los historiadores no profesionales–, ante la innegable realidad de que, en nuestros días, la “cobertura” mediática apenas deja “algunos intersticios a las expresiones elaboradas del razonamiento crítico”?<sup>102</sup> En España, donde algunos de esos historiadores no profesionales parecen inspirados por el *dictum* de John Locke según el cual “todo historiador es un mentiroso”<sup>103</sup>, el espantajo falsario, jaleado desde las

<sup>99</sup> PÉREZ GARZÓN, J. S., «El historiador en España...», p. 417.

<sup>100</sup> CROUZET, D., «Lucien Febvre», en SALES, V. (coord.), *Los historiadores*, p. 76.

<sup>101</sup> POMIAN, K., «L'irréductible pluralité de l'histoire», *Le Débat*, 1999, vol. 104, pp. 171-178, traducido ahora («La irreductible pluralidad de la historia») en *Sobre la historia*, pp. 249-253.

<sup>102</sup> CHANET, J.-F., «El desencanto de la gran nación», p. 100.

<sup>103</sup> Procedente del *Ensayo sobre el entendimiento humano* y citado por José L. Corral (CORRAL, J. L., GARCÍA HERRERO, C. y NAVARRO, G., *Taller de historia...*, p. 277).

combativas y bendecidas tribunas neoconservadoras, está reinventando nuestro pasado más reciente o invitando a su olvido, en el caso de los líderes políticos que ahora defienden un pacto constitucional que en su día aceptaron a regañadientes. Las citas en tal sentido darían para un libro, pero valga, como botón de muestra, la respuesta de Manuel Fraga Iribarne a la periodista María Antonia Iglesias cuando ésta le preguntó por la ley de la Memoria Histórica: “Aquí hubo una amnistía, y amnistía quiere decir no solamente mutuo perdón, sino mutuo olvido. Amnistía quiere decir amnesia, y eso, insisto, quiere decir olvidar, olvidar” (diario *El País*, 12 de agosto de 2007); repuesta que mereció sendas réplicas, publicadas en el mismo periódico respectivamente tres y cuatro días después: una de Emilio Lledó, según la cual “de la misma manera que el experimentado político pontifica que, sobre la memoria de este país, hay que ‘olvidar, olvidar’, uno podría pontificar, tal vez con más razón: ‘Recordar, recordar’”; la de José Beneyto recuerda los motivos del líder derechista para invocar la amnesia y concluye que “no hay identidad sin memoria y renunciar a la memoria democrática como pretenden los heredero-franquistas, sería, mal que le pese al antiguo ministro de Franco, debilitar gravemente los principios y valores de la democracia española”<sup>104</sup>.

Según los informes que sobre el comercio interior del libro publica la Federación de Gremios de Editores de España<sup>105</sup>, algunos de los libros animados por tal revisionismo o salidos de la pluma de sus jaleadores –aunque se refieran a épocas pretéritas y de temática tan diversa que ofrecen un argumento que desdice la observación expresada por Krzysztof Pomian<sup>106</sup>– se sitúan entre los más vendidos. Lo cual acaso se corresponda con otros resultados estadísticos que pueden consultarse en las encuestas sobre la *Percepción Social de la Ciencia y la Tecnología en España* que, en 2002 y 2004, ha publicado la Fundación Española de Ciencia y Tecnología<sup>107</sup>:

— En la primera, la historia era la disciplina científica menos valorada (2,66), por encima de estudios de mercado (2,59), índices económicos (2,54) y la bolsa (2,41); en la segunda, superaba el umbral de regular (3,05), pero ocupaba el último lugar, a distancia siempre de la más valorada, la

<sup>104</sup> Diario *El País*, de 12, 15 y 16 de agosto de 2007.

<sup>105</sup> Disponibles en <http://www.federacioneditores.org>. (enero de 2008)

<sup>106</sup> “La historia universitaria es incomparablemente más amplia que la historia no profesional tanto en el tiempo como en el espacio, y se interesa por un número mayor de objetos” (POMIAN, K., «La irreductible pluralidad de la historia», p. 253.

<sup>107</sup> Ambas están disponibles en <http://www.fecyt.es/fecyt/docs/tmp/-1827045103.pdf> e ídem [/1596481055.pdf](http://www.fecyt.es/fecyt/docs/tmp/-1596481055.pdf). (enero de 2008).



medicina (4,62 y 4,43)<sup>108</sup>, y en ambas la historia quedaba peor parada si cabe en el universo de jóvenes y adolescentes, pues, ocupando en ambos años el último lugar, en 2002 nuestra disciplina sólo era considerada como científica por el 14,30 por ciento (frente al 69,80 de la medicina) y en 2004 este sector de la población de menos de 24 años puntuaba con 3,05 y 4,43 a esas dos disciplinas.

— Los índices de preferencia de lectura no desentonan con esa apreciación: a partir de un inquietante porcentaje de más del 40 por ciento de no lectores, en 2002 sólo el 1,5 por ciento se declaraba lector de libros de “humanidades/historia/filosofía/ensayo”, y en 2004 el ítem en solitario de libros de “historia” alcanzaba el 3,5 por ciento, muy alejado en ambas encuestas de la literatura o novela (41,1 y 39,6 por ciento), siendo digno de ser subrayado que las biografías en 2002 concitaban la preferencia del 14,3 por ciento. En lo que toca a las revistas leídas con más frecuencia, el sondeo de 2002 (en 2004 no se recoge el detalle, pero sí la valoración de que se habían producido muy pocos cambios respecto de la anterior) sitúa en primer lugar a las revistas que hablan de la vida de los famosos (17,7 por ciento), en segundo a las de deportes (15,4 por ciento), en tercero a las de salud y belleza (12,11 por ciento), y en los tres últimos lugares aparecen las de humor y cómic (0,5 por ciento), historia y caza y pesca (las dos con el 0,3 por ciento).

Estas últimas cifras ayudan en cierto modo a comprender que los británicos consultados por una encuesta reciente respondieran que los sucesos más importantes de la historia mundial del último siglo fueron la muerte de la princesa Diana en 1997 y la destrucción de las Torres Gemelas en 2001<sup>109</sup>. Matizan también, aun sin desdecirla, la impresión que Ricardo García Cárcel manifestó en un artículo periodístico sobre el alza de las revistas de divulgación histórica ante el descrédito de la historia académica debido a “la caída en picado de los modelos

---

<sup>108</sup> Las puntuaciones oscilan del 1 al 5 e indican los siguientes grados de conformidad: 1, en absoluto; 2, poco; 3, regular; 4, bastante; 5, completamente.

<sup>109</sup> Dato éste que Peter Mandler aduce, en otro tipo de razonamiento, para fortalecer su opinión de que no es responsabilidad del historiador decirnos “quiénes somos”, pues –apostilla– “me parece más probable que en vez de que la historia provea a la gente de identidades, sean ellas que impongan sus propias identidades a la historia” (MANDLER, P., «Las responsabilidades del historiador», pp. 52-54). Aunque cabría añadir que existen fuerzas más poderosas que la historia para forjar esas identidades entre la gente, lo que, sin duda, tiene mucho que ver con la pregunta antes citada de José Luis Corral.

historiográficos dominantes en el siglo XX”<sup>110</sup>. Que haya que añadir un tercero, el neopositivismo<sup>111</sup>, no quita que los dos grandes modelos innovadores, a pesar de la diversidad que caracteriza a ambos –y que es suficientemente conocida–, son la llamada escuela de *Annales* y el materialismo histórico, de cuya confluencia vaticinada, como antes vimos, por Guy Bois hace un cuarto de siglo, Michel Vovelle ha hecho la siguiente puntualización:

“¿Derrota de la historiografía marxista? Nos inclinaríamos a creer en ella sólo en función del impacto de la evolución general de estas últimas decenas del siglo XX: la implosión de los regímenes del socialismo real que se reclamaban marxistas, como un juicio de Dios, parece haber arrastrado con su caída al edificio ideológico de una historia que había querido identificarse con la ciencia. Y Marx, remitido como mucho a la historicidad de sus tesis, corre el riesgo de ser englobado en este descrédito definitivo.

También la ambición de una historia total o global que está siendo golpeada por la explosión de una “historia en migajas” en la que se admite que cada ámbito de investigación –ya se trate de mujeres, de afectos o de olores– se despliegue con autonomía sin imponer correlaciones que se consideran reduccionistas. La historia de las mentalidades se ha convertido en historia de lo imaginario, versión a veces del inconsciente colectivo que invocaba Philippe Ariès. Revancha de las superestructuras: la historia de las representaciones, esas mediaciones que reflejan y condicionan la existencia humana, sustituye al estudio de las “condiciones objetivas”, como se hubiera dicho entonces. El fin de la “ilusión comunista” celebrada por François Furet, en favor de una vuelta a una historia conceptual, versión modernizada de la historia de las ideas, parece el tañido fúnebre del materialismo histórico...

Y sin embargo, la bestia (?) todavía se mueve. La historia social, replegada en análisis pragmáticos sigue su camino. ¿Acaso podríamos prescindir de ella, en un marco en el que las luchas de clase, trasladadas a escala mundial, se reformularán de nuevo bajo una forma inédita, pues, aunque no existe una clase obrera, existe todavía un proletariado?

---

<sup>110</sup> GARCÍA CÁRCCEL, R., «Enseñar historia en la Universidad», *Blanco y Negro Cultural*, de 21 de noviembre de 2002, cit. por CASPISTEGUI, F. J., «Sobre el papel social del historiador...», p. 201, n. 26.

<sup>111</sup> BARROS, C., *Historiografía fin de siglo*, Santiago de Compostela, Tórculo Ediciones, 1998, p. 13.

Se descubre otra vez a Marx y no sólo gracias a los aniversarios: coloquios, publicaciones como la del importante *Dictionnaire Marx*, o los artículos de la revista *Actuel Marx* que testimonian el interés y el esfuerzo de profundizar a través de la relectura de las fuentes. Este interés va más allá de la audiencia de una cohorte residual. Prueba, sin duda, de que el viejo teórico y hombre de acción tiene todavía algo que decir y que tenemos mucho que preguntarle<sup>112</sup>.

Así lo pienso también yo, convencido de que debemos retener la gran lección del viejo renano –como lo llamó Marc Bloch al pedir que su “busto barbudo” ocupase un lugar de primera fila en nuestra corporación<sup>113</sup>–, que no fue otra sino la de haber comprendido ante todo que “la sociedad es una estructura evolutiva afortunada porque es capaz de cambiar y que, por tanto, el presente no es el puerto de arribo final<sup>114</sup>; y convencido igualmente de que defenderlo es “defender la historia contra quienes niegan su capacidad para ayudarnos a comprender el mundo” y “cómo puede el género humano avanzar hacia un futuro mejor<sup>115</sup>. Unas palabras que dicen lo mismo que estas otras vibrantes que Josep Fontana ha escrito como homenaje al desaparecido Pierre Vilar y para reclamar que

“nos acordemos hoy de la obra y de las ideas de Pierre Vilar y que asumamos como un ejemplo a seguir la clarividencia y el coraje con los que ejerció su oficio de historiador: un trabajo que algunos ponen al servicio, bien remunerado, del orden establecido y otros cultivan como una distracción intelectual, pero que para Vilar se hallaba, dejadme recordar las palabras de su carta de 1957, esencialmente asociado «a nuestra vocación de hombres», cultivando una disciplina «capaz de explicación y de evocación ante la infelicidad y la grandeza humana con la gran esperanza, en el último plano, de aliviar a una y ayudar a la otra»<sup>116</sup>.

---

<sup>112</sup> VOVELLE, M., «Carlos Marx», en SALES, V. (coord.), *Los historiadores*, pp. 59-60. La revista *Actuel Marx* está disponible en <http://netx.u-paris10.fr/actuelmarx>. (enero de 2008)

<sup>113</sup> BLOCH, M., *La extraña derrota*, p. 149.

<sup>114</sup> HOBBSAWM, E., «Marx y la historia» [1984], en *Sobre la historia*, p. 175; y *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 19-20.

<sup>115</sup> HOBBSAWM, E., «Marx y la historia», p. 175; y «El desafío de la razón: Manifiesto para la renovación de la historia», texto pronunciado en la clausura de la conferencia (*Marxist Historiography: Alive, Dead, or Moribund?*) organizada por la British Academy y la revista *Past & Present* el 13 de noviembre de 2004; traducido por la *Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, está disponible en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=58397>. (enero de 2008).

<sup>116</sup> FONTANA, J., «Actualidad de Pierre Vilar...», pp. 24-25.

Al suscribirlas, sigo pensando, por encima de todas las, y nada nuevas como conviene recordar, incertidumbres que evoqué al empezar esta más que nada ordenación propia de ideas –cuya posibilidad de afrontarla agradezco infinitamente al director de esta revista–, que la escritura de la historia todavía debe despertarnos, desde la creencia añadida en la facultad del ser humano de utilizar su razón como ha subrayado Ral Dahrendorf<sup>117</sup>, el mismo optimismo humanista que animó a Antonio Gramsci, y que tan bien supo transmitir a su hijo Delio desde la cárcel<sup>118</sup>; a Lucien Febvre, quien con su sentencia “expliquemos el mundo al mundo” quiso transmitir que “la historia responde a las preguntas que el hombre de hoy se plantea necesariamente”<sup>119</sup>; y a Marc Bloch, quien, al hablar una vez más de la reforma de la enseñanza de la historia y la geografía, encontró el modo de proclamar que “el pasado remoto imbuye del sentido y el respeto de las diferencias entre los hombres, a la vez que despierta la sensibilidad a la poesía de los destinos humanos”<sup>120</sup>.

---

<sup>117</sup> DAHRENDORF, R., *El recomienzo de la historia*, p. 317.

<sup>118</sup> “Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen en sociedad y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede dejar de gustarte más que nada” (GRAMSCI, A., *Cartas desde la cárcel*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975, p. 281, carta a su hijo Delio, ¿1936?).

<sup>119</sup> FEBVRE, L., *Combates por la historia*, pp. 68-70, entre las muchas citas donde podríamos espigar tal propósito.

<sup>120</sup> BLOCH, M., *La extraña derrota*, «Anexo V. Sobre la reforma de la enseñanza», pp. 209-210.